

FRENTE
AMPLIO

CUADERNOS
DE
MARCHA

Cuadernos de
MARCHA N°46

DEL ARCHIVO DE GUILLERMO FONT

REPORTAJES Y OPINIONES

Líber Seregni:



“ES EL COMIENZO DE LA REVOLUCION”

● Durante unas horas conversamos, en su casa, con el general Líber Seregni, sobre los problemas del país. Habla con entusiasmo, subraya “la necesidad de reavivar la mística que hizo posible el Éxodo”, analiza las soluciones y no vacila en afirmar: “Es el comienzo de la revolución”. En la pieza en que se desarrolla la conversación hay varios cuadros: un campesino pobrísimo que toca la quena, dos mujeres paraguayas —una de ellas descalza—, y una calle humilde de Bahía. He aquí los aspectos esenciales del diálogo.

En el centro de todo análisis del Uruguay actual hay un tema definitorio: el de la violencia. Su enfoque ha permitido conocer personas e instituciones. Por ejemplo: no recordamos discursos con pronunciamientos más categóricos acerca de “el Uruguay que quedó atrás” que los escuchados en el parlamento horas después que se derramó la sangre de un funcionario extranjero. Concretamente: ¿cuáles son, a su juicio, las raíces de la violencia?

—Hay dos cosas que debemos comprender para analizar el problema de la violencia en el país. En primer término, que el mundo entero asiste a la contraposición de sistemas, de generaciones, a la negación de la sociedad de consumo, a los problemas que surgen del prodigioso crecimiento de la tecnología, etc. En función de ello, ha llegado la hora del cambio. Y ha llegado hasta para instituciones tan sólidas y antiguas como la iglesia.

En segundo lugar, América Latina busca cumplir —se quiera o no— la segunda etapa de su independencia: su liberación económica. La revolución que llevó a la independencia política fue una etapa —la primera— que los pueblos quieren completar. Actualmente todos los países periféricos, subdesarrollados, o dependientes —como el nuestro— enfrentan el problema de la quiebra de los viejos esquemas, la crisis del régimen liberal y de concepciones verbalmente hermosas pero no siempre adecuadas a la realidad, surgidas de la Revolución Francesa. América Latina vive hoy un intenso proceso revolucionario. Y nuestro país tuvo, mucho tiempo, las fantasías de un “país espejo”, un “país en clave”; nos ilusionamos con aquello de “la Atenas del Plata”, olvidando que las deficiencias estructurales de nuestra economía se escondían tras las facilidades del momento, tras las ventajas económicas que surgían de la guerra.

Hay dos fenómenos fundamentales a analizar en nuestro caso:

—los reales aspectos de nuestra deficiencia económica, que se observan con claridad sobre todo a partir de la década del 50, al finalizar las guerras;

—por otro lado la crisis de orden político, que tiene raíces lejanas en los principios del año 30. El golpe de 1933, más que una diferencia de enfoque —legalidad o ilegalidad— supuso (y no lo supimos ver) distintos criterios en lo económico y social. Y la recomposición posterior de los partidos tradicionales significó, tal como se hizo, un profundo error histórico. Porque no se llevó a cabo en función de ideologías, o doctrinas, sino de elementos emocionales y tradicionales, y del aparato ficticio de las leyes de lemas, que salvaguardan a los partidos desde el punto de vista electoral pero no su existencia más honda, su vida real. El resultado es el desfibramiento ideológico, la atomización de los partidos, que dejan de ser herramientas políticas aptas para resolver los problemas del país.

El deterioro de las estructuras y de los partidos políticos, unido a la crisis económica surgida a partir de la década del 50, trajo un orden de insatisfacciones y tensiones en el campo social que no pudieron ser resueltas; no sólo porque la economía estaba en crisis, sino porque, además, no existía una dirección política firme, debido a la inexistencia de los partidos políticos como tales.

Ante la inmovilidad de las estructuras políticas —determinada por la ley de lemas—, al esclerosamiento de los partidos, la crisis golpeó a las clases media y baja, lo que determinó un crecimiento de las tensiones que produjo, necesariamente, la aparición de formas de violencia. Tal como se presentó, la acción de los “innombrables” superó la acción individual para convertirse en un fenómeno social que como tal, no brota porque sí, sino que responde a causas. Y esa acción no configura cuadros de delincuencia sino de respuestas políticas por parte de quienes entendieron que ésa era la única forma de resolver los problemas. Se trata sólo de un síntoma extremo de la crisis y caducidad de las estructuras políticas y sociales. El no haber comprendido este profundo fondo de razón y el intento de combatir la violencia sólo con medidas represivas es lo que contribuyó a agravarla.

Se trata de un fenómeno social; en consecuencia, lo único trascendente es combatir las causas que pueden dar nacimiento a esa violencia.

● El régimen no sólo no lo ha creído así, sino que hasta ilegalizó partidos y prohibió palabras. Usted ha tenido que referirse a un movimiento concreto denominándolo “los innombrables”. En eso el gobierno se parece a otros regímenes. En el libro “El Tercer Reich”, de Heinz Huber y Arthur Müller, se analiza la “reglamentación del lenguaje de la prensa en la Alemania nazi”. Y se transcribe un decreto, que dice: “De ahora en adelante, no debe emplearse el vocablo «guerrillero» para designar a los francotiradores emboscados. Los términos adecuados son: bandidos de Stalin, saqueadores, ladrones, incendiarios, asesinos”. ¿Qué opina de ese tipo de prohibiciones en nuestro país?

—No sólo son ineficaces sino que —para no calificarlas más duramente— constituyen algo infantil. Ese problema ha sido estudiado muchas veces, incluso por parte de quienes han examinado el problema de “la violencia y la subversión”. Y entre los principios mayores para combatirla, los que recuerdo con más precisión son los siguientes: el gobierno debe actuar con el más estricto apego a las normas constitucionales, precisamente para afirmar su posición y negar la contraria. Segundo: el gobierno debe ajustarse a la verdad e informar ampliamente al pueblo y a la ciudadanía sobre lo que ocurre, a efectos de poder ganar la confianza y conformar la conciencia nacional necesaria para enfrentar situaciones de subversión. Tercero: el gobierno debe buscar las causas, los puntos de apoyo de la subversión, para quitar las banderas a la misma y dejarla sin base en sus postulaciones. Y todavía una cuarta norma: sólo bajo el imperio de la más absoluta libertad de opinión e información es que puede lograrse el clima propicio para combatir la insurrección.

En el caso concreto, haber puesto fuera de la ley a partidos políticos es la incitación más clara a la violencia. Y la otra medida, el haber querido empequeñecer a un movimiento, no reconociendo su carácter social y prohibiendo las siete palabras mágicas, es una aberración que no sólo ha llevado a eufemismos, sino a crear criterios míticos respecto a lo que se quiere prohibir.



● Pero, ¿era posible que se mantuviera el apego a las normas constitucionales, o el imperio de la libertad de opinión e información por parte de este gobierno? ¿No cree que es el régimen el que está en crisis, y que los demócratas verbales de ayer tiran hoy la democracia por la borda para salvar los privilegios?

—¡Claro! Es el sistema liberal —tal como fue concebido e impuesto— el que está en crisis. Porque ha resultado incapaz de lograr el desarrollo de estos países; ha concluido al servicio de las oligarquías nacionales y de intereses foráneos. Y no logró disminuir las tensiones existentes sino que las agravó. Estamos al término de un tiempo histórico y ante la apertura de un tiempo nuevo. El viejo esquema bipartidista ha periclitado. Y hoy caben dos soluciones: o el camino de una auténtica democracia que reconozca la participación del pueblo y conduzca al desarrollo (sin perderse en debates estériles, sin hacer el juego a los intereses oligárquicos) y que salvaguarde la soberanía nacional en el más puro sentido del término, o un camino que sólo puede ser el del despotismo, más o menos ilustrado: el del cesarismo presente en algunos países de América.

● Concretamente: ¿cree necesario, hoy, el mantenimiento de las medidas de seguridad?

—De ninguna manera. No. El Ejecutivo las mantiene porque cayó en su propia trampa: creó sobre ellas un andamiaje; sobre ellas basó la intervención a directorios de entes autónomos, medidas económicas, etc., y cada día que pasa incorpora a esa estructura un nuevo decreto que complica el panorama. La vigencia de las medidas no tiene nada que ver con el mantenimiento del orden. En cuanto al necesario reordenamiento de la legislación que se plantea para el futuro —hasta tanto se encuentre la solución política que permita salir de la trampa—, es imperioso el levantamiento de las medidas y el respeto a las libertades y derechos. Así y sólo así podrá ser verdad lo que dijo el presidente acerca del libre pronunciamiento popular para 1971.

● Volviendo a los factores de violencia, ¿cree que podrán funcionar las clases en Secundaria si la Interventora continúa en funciones?

—Ese punto casi no necesita explicación; basta con ver los hechos. Una política no vale por las intenciones sino por los hechos. Y nadie podrá negar que fue la acción de la Interventora la que condujo al caos. Hoy todos tenemos una angustia: no vemos como posible que llegue el día de comienzo de los cursos y exista la paz imprescindible para el desarrollo de la enseñanza.

● También la política respecto a la enseñanza ha engendrado violencia. En general, suele pensarse que un régimen es una dictadura cuando disuelve el parlamento. Sin embargo, si analizamos la realidad latinoamericana es frecuente encontrar que los partidos no funcionan, se gobierna en beneficio de minorías, las resoluciones no se toman por mecanismos institucionales sino en reuniones privadas, a menudo con asesores o representantes de intereses a los que nadie eligió. En nuestro país, además, ni siquiera se respetaron las decisiones parlamentarias con las que el gobierno discrepó: ¿cree que puede definirse al gobierno como una dictadura?

—Sí. En el sentido que es, sin lugar a dudas, un régimen de fuerza, que actúa a espaldas de los intereses populares y sirviendo intereses de grupos privilegiados.

● ¿Y cómo cree posible organizar el cambio?

—Uruguay tiene un campo de opciones limitado. O ya, inmediatamente, se es capaz de consolidar las fuerzas auténticamente populares, realmente representativas del sentir nacional en la hora que vivimos, transformándolas en una herramienta política capaz de realizar los cambios que el país precisa, o indefectiblemente —después de recorrer el camino de tensiones agudizadas— se desembocará en la generalización de la violencia.

● Cuando se habla de la construcción del frente, especialmente los jóvenes —estudiantes y obreros— analizan con especial cuidado si se trataría fundamentalmente de una herramienta electoral. ¿La concibe así?

—No. El sentido de la fuerza política a crear es trascendente y de carácter histórico. Lo electoral es transitorio —se hablará de ello por obligaciones de calendario— y será un paso y una manifestación necesaria

de esa fuerza política, pero no lo esencial. Resulta necesario, en cambio, consolidar el programa y la lucha de esa fuerza, porque su accionar político es el que puede salvar al país. De ninguna manera puede concebirse como el simple montaje de un aparato electoral. Y debe crearse para actuar antes y después de esa instancia y hasta para que el propio acto electoral se cumpla como expresión de voluntad popular. El Uruguay no termina en 1971, y la tarea es histórica, trascendente, porque lo que hay que construir es el futuro.

- **Considera que los partidos tradicionales están definitivamente agotados?**

—En el plano de sus posibilidades de actuar como fuerzas políticas, el único aglutinante es el emotivo. Y sólo cooperan con fines electorales. No tienen en sí mismos posibilidades de constituir fuerzas políticas que acepten un programa, lo sientan y tengan la organización necesaria para vivir y actuar.

- **Ahora hablan de la posibilidad de un acuerdo en torno a programas. Ya en las elecciones anteriores, el partido de gobierno prometió concretamente algunas cosas, para luego realizar otras radicalmente opuestas...**

—Pero ya no bastará con programas bonitos ni con decir “estamos prontos para realizar una revolución”, porque, ¿cuál de esos partidos podrá demostrar por qué no hizo lo que ofrece y que sus promesas no son sólo banderas demagógicas? El descreimiento de la ciudadanía ha surgido de esas reiteradas promesas incumplidas. El pueblo, en el 58 cambió; dijo no y probó a un ala del Partido Nacional. En el 62 varió para probar otra. En el 66 volvió a votar al Partido Colorado, tras la esperanza de Gestido. Y ha tenido la más total y absoluta de las frustraciones, porque lo que tiene hoy es la antítesis de lo que quiso. Esta vez el descreimiento, la frustración es, en vastos sectores, definitiva y llevará a un cambio de fondo. La política no es sólo cuestión de ideas o programas, sino, además, de voluntad de llevarlas a cabo. Esta vez habrá una definición de campos que, en lo político, significará proceder con valentía a las necesarias reformas de estructuras en base a la creación de una fuerza sustentada en principios y una programática coherente. Fuer-

za que en la práctica signifique una democracia real, efectiva, que reconozca la participación popular como forma de dinamizar la acción política, para que el gobierno responda a las necesidades y exigencias del conjunto del país y de su ciudadanía.

En el campo social significará el imperio del orden, porque sin orden no hay trabajo fecundo...

- **Una interrupción: orden no parece una palabra con prestigio. ¿Cómo puede existir orden? ¿Se trata del orden actual, que consagra hondas diferencias sociales? ¿Puede haber orden sin justicia?**

—A eso iba. Quería precisar que un orden sólo es válido cuando es comprendido y compartido por el pueblo. Surge de la penetración y el diálogo. Es la consecuencia de la convicción general de que se trabaja para el bien común. El orden no puede ser impuesto por la fuerza; hablo del que surge de bases de justicia efectiva, o de presupuestos que permiten marchar —sin trabas— hacia ella.

En lo que se refiere al aspecto económico, países como el nuestro, en la situación actual, sólo pueden emerger de la crisis a través de economías planificadas que supongan el cambio de las estructuras económicas y sociales y que permitan, al mismo tiempo, mayor creación de riquezas y una justa distribución de las mismas. Y nadie puede discutir que la organización y planificación de nuestra economía debe tender hacia formas socialistas de organización económica. Formas que —es bueno precisarlo— deben ser auténticamente nacionales; deben responder a nuestras posibilidades, a características peculiares de nuestro pueblo, que no queremos ni debemos perder. Estoy convencido de que sólo un profundo nacionalismo puede ayudar al país a emerger. No se trata de chovinismo, ni de un patriotismo fácil, ni de despreciar las experiencias de otros países, en las que tendremos mucho que aprender. Pero somos nosotros los que debemos marcar nuestro camino, porque sólo soluciones propias —soluciones orientales— serán las únicas trascendentes y perdurables. Ninguna imposición, ningún calco de soluciones que en otros lados pueden ser promisorias sería el verdadero camino para nosotros.

- **¿No teme que su prédica en favor de la constitución de una fuerza política**

sin exclusiones determine que lo acusen de hacer el juego a los socialistas —a los que el gobierno ilegalizó— o de hacer el juego a los comunistas?

—Ya sabemos lo que nos dirán. Usarán todas las armas. Por eso nos tiene sin cuidado. Porque estamos seguros de que lo que precisa Uruguay es la concertación de todos aquellos que están dispuestos a hacer lo que el país necesita. Por encima de etiquetas que pueden colocarse con facilidad, lo que vale es que uno sea fiel, honesto consigo mismo y que se tenga el valor de reconocer lo periclitado y de expresar las ideas. Es un problema de conciencia y honestidad personal.

● En caso de un triunfo del frente, ¿usted cree que el ejército no se opondrá a que se le entregue el poder? ¿Uruguay no habrá perdido ya, lo que en Chile pudo darse?

—Tengo la absoluta seguridad, por haber integrado y por sentirme todavía perteneciente a las fuerzas armadas, que su función, pero también su doctrina, es la de respaldar las decisiones populares.

● ¿Y si por alguna vía se intenta desconocer ese pronunciamiento?

—Si un pueblo es trampeado en la expresión de su voluntad tiene que recorrer todos los caminos para hacerse reconocer sus de-

rechos y hacerlos prevalecer sobre quienes intenten desconocerlos.

● La minoría que dispone en el país de grandes privilegios está ligada a intereses extranjeros, constituye una pieza que mueve el imperialismo. Una fuerza que intenta el cambio, ¿no deberá enfrentar dificultades graves en lo interno y en lo internacional?

—Sí. Que habrá que enfrentar. A priori debemos saber que esas dificultades van a aparecer. La defensa de lo pre-establecido es una condición de toda vida, que hace que el progreso no se imponga sin lucha. Pero las experiencias que se viven en el terreno latinoamericano —particularmente en Perú, donde ya lleva dos años, y el camino promisor que ahora emprende Chile— señalan que cuando hay un rumbo definido y un pueblo que lo recorre animado de la voluntad de construir su destino, cuando existe conciencia nacional y mística para impulsar grandes obras, no hay obstáculo que ese pueblo no pueda vencer. Antes lo señalaba a mis oficiales, y hoy lo digo a jóvenes y a gran cantidad de personas con las que analizo diariamente la fuerza a construir: tenemos que trazar el camino y seguirlo; y ello sólo será posible si recreamos la mística y la conciencia que hizo posible el Éxodo del Pueblo Oriental. La nueva fuerza deberá señalar claramente hacia dónde va, y tener confianza en que todos seremos capaces del sacrificio necesario. Esto es, sí, el comienzo de la revolución.

DEL ARCHIVO DE GUILLERMO FONT

